

base, sabemos como se puede reconocer con certeza la verdad. No se la pediremos al espíritu del hombre sino á la razon de la sociedad. Consultaremos las creencias, las tradiciones del género humano, examinaremos sus decisiones; y si se presentare alguno que contradiga, abriendo á su vista dos caminos, por uno de los cuales es necesario absolutamente marchar, á saber, la senda solitaria y tenebrosa del juicio individual que viene á parar en la nada, y la senda social de la autoridad que conduce á la vida ó á Dios mismo, solo responderemos: Escoged.

CAPITULO IV *.

HAY UNA RELIGION VERDADERA, NO HAY MAS QUE UNA SOLA, Y
ES ABSOLUTAMENTE NECESARIA A LA SALUD.

Por espacio de sesenta años no se ha cesado de defender la causa de la desesperacion y de la muerte: yo emprendo defender la de la esperanza. Un no sé qué me obliga á levantar la voz,

* Véase la *Defensa*, cap. XII.

y llamar mi siglo á juicio. Estoy cansado de oír repetir al hombre : Nada tienes que temer, nada que esperar, y fuera de tí mismo á nadie debes cosa alguna. Puede que llegase finalmente á creerlo; puede que olvidando su noble origen, llegase hasta mirarse en efecto como *una masa organizada que recibe el espíritu de todo lo que le rodea y de sus necesidades*^{*}; hasta decir á la podredumbre, *tu eres mi madre, y á los gusanos sois mis hermanos y hermanas*[†]; puede ser se persuadiese realmente que estaba libre de toda obligación hácia su Autor; puede ser que hasta sus deseos se detuvieran á las puertas del sepulcro, y que, satisfecho con una superioridad frágil sobre los brutos, pasando como ellos sin esperanza de volver, se creyese muy honrado con tener el cetro de la nada. Quiero quebrarle en su mano. Sepa lo que es, conozca su grandeza sin olvidar su dependencia. Se ha trabajado con esfuerzo para destruir sus títulos : ; vana tentativa!

Así define al hombre Saint-Lambert.

[†] *Putredini dixi : Pater meus es; mater mea et soror mea, vermicibus.* JOB. XVII, 14.

subsisten; y se le mostrarán. Están escritos en su naturaleza misma; y todos los siglos, aun los mas depravados, los leyeron en ella. Les haré comparecer, y se les oirá proclamar la existencia de una Religión verdadera. ¿Quién se atreverá á desmentirlos, y oponer á su testimonio sus pensamientos de un día? Verémos si hay quien se atreva, cuando despertando las generaciones dormidas, y convocando los pueblos que ya no existen, se levantarán del polvo para venir á deponer en favor de los derechos de Dios y los destinos inmortales del hombre.

¿Y por qué ha de perecer? ¿Quién le ha condenado? ¿En qué se funda el juicio de que un día ha de dejar de existir? ¿Acaso este cuerpo que se desmorona y deshace, estos huesos, esta ceniza son el hombre? No; no, la filosofía se da demasiada prisa para sellar la tumba. Muéstrenos partes distintas en el pensamiento, y entonces comprenderémos que es posible se disuelva. No lo ha hecho ni lo hará nunca; jamas dividirá la idea de justicia ni la concebirá dividida en diferentes porciones que tengan entre sí relaciones de grandeza, de forma y de distancia; ella es una

ó no existe. ¿Y acaso se ve con mas claridad que el deseo, el amor, la voluntad sean propiedades de la materia, ó modificaciones de la extension? ¿Se ve claramente que una cierta disposicion de elementos compuestos, produzcan el sentimiento esencialmente simple, y que mezclando substancias inertes, resulte una substancia activa, capaz de conocer, querer y amar *? ¿O efecto maravilloso de la organizacion! Este barro que piso con mis pies no espera mas que un poco de calor, una nueva colocacion de sus partes, para convertirse en inteligencia **, abrazar los cielos y

* El hombre en cuanto al cuerpo no existe mas que en lo presente; y en cuanto al espíritu solo en lo pasado y en lo por venir; porque el pensamiento no puede abrazar lo presente. Luego el modo de existir del cuerpo y del espíritu se diferencian esencialmente; el espíritu y el cuerpo son pues de una naturaleza esencialmente diversa.

** Si no fuera el pensamiento mas que una modificacion de la materia, seria imposible hubiese una sola idea comun entre los pueblos que hablan diferentes lenguas. Cuando pronuncio las palabras *Dios, Jehovah, Theos, God*, mi oído conmovido por los sonidos diferentes, envia diversas impresiones á mi cerebro. Ahora bien si las diversas modificaciones del órgano material del pensamiento son el pensamiento mismo, es claro, que modificando estas cuatro palabras de cuatro modos diferentes al órgano material del pensamiento, deberian producir necesariamente

calcular las leyes; para atravesar el espacio inmenso, y buscar mas allá todos los mundos, no solo visibles, sino tambien imaginables, un infinito que la satisfaga: ¡átomo á quien viene estrecho el universo! Ciertamente miro con lástima unos espíritus tan débiles que se encenagan en estas bajas ilusiones; mas si á pesar de esto se recrean y complacen en ellas, si temen y resisten verse desengañados, no encuentro términos para expresar el horror y menosprecio que inspira semejante degradacion.

Y sin embargo, ¿qué es lo que dicen? Apelan al testimonio de los sentidos; quieren que la vida se acabe donde se detienen los ojos: parecidos en esto á unos niños, que viendo que el sol desciende bajo del horizonte, creyesen que se habia apagado para siempre. Y qué, ¿son acaso ellos solos los que se han conmovido, observando el triste espectáculo de los órganos en disolucion? ¿Son los primeros que hayan oido el silencio del sepulcro? Hace seis mil años que los hombres

pensamientos distintos, y que es absolutamente imposible, puedan excitar en mí la misma idea.

pasan como sombras por delante del hombre; y sin embargo el género humano, defendido contra el prestigio de los sentidos por una fe poderosa y un sentimiento invencible, jamás vió en la muerte otra cosa que una mudanza de existencia y, á pesar de las contradicciones de algunos espíritus depravados, conservó siempre como un dogma de la razón general una excelsa tradición de su inmortalidad. Sepárense pues del género humano los que la rechazaren, y vayan á ofrecer por alimento á los gusanos un corazón que hace palpitar el amor á la verdad y justicia, y una inteligencia que conoce á Dios*.

* El materialismo, el más despreciable de los errores, es al mismo tiempo tan absurdo, que percibe una especie de repugnancia el buen sentido en refutarle. No consultando más que al discurso, lo que hay menos probado es la existencia de la materia: es infinitamente menos irracional el negarla, que negar la existencia de los seres espirituales, afirmada por otra parte tan unánimemente como la de los cuerpos, por todos los hombres y en todos tiempos. Los fisiologistas modernos, á lo menos algunos, causan lástima cuando afectando desdeñosa ignorancia, se esfuerzan en hacer cómplice á la ciencia de sus deseos y de su imbecilidad. ¿Qué han visto capaz de favorecer sus impías ideas? Una cierta organización física se altera, resulta también alteración análoga en los fenómenos, dependientes de esta organización:

Pero abandonemos estas discusiones superfluas. En habiendo probado la Religión, todo estará probado.

destruyese esta, los fenómenos cesan del todo. Qué piensan concluir de aquí? ¿que ya se aniquiló todo el hombre? Pero era necesario haber probado antes que el cuerpo y aun que *tal cuerpo* es el hombre todo. Vuelvo á decir: ¿qué piensan concluir? ¿Que el cuerpo es quien piensa y siente, porque disueltos ya los órganos no producen ni sentimiento ni pensamiento? Pero es lo mismo que sostener no es el pensamiento más que una modificación de la lengua, porque el hombre, á quien se cortó la lengua, ya no habla ó no manifiesta su pensamiento por la palabra. No creen, dicen ellos, sino lo que hiera los sentidos, sino las cosas que se ven, se palpan, se oyen, ó se huelen: no creen pues á sus mismas ideas eternamente invisibles incapaces de palparse, y cuya expresión sola cae bajo los sentidos ó los hiera. Digánnos ¿á qué sentido se refiere la idea que expresa la palabra *pues*? El mismo motivo deberá excitarlos á negar la existencia del sentimiento y de la voluntad. ¡Pobres gentes! Creen más, mucho más de lo que ellos piensan: no es fácil ser uno en realidad siempre tan estúpido como se desearía serlo. En substancia, mucho menos están por el materialismo dogmático, que por la moral que de él deducen, por las consecuencias que tranquilizan una conciencia culpable, que les parecen deducirse de él necesariamente. He aquí lo que les mueve, lo que los encanta; la nada les agrada, lisonjea sus remordimientos. Pero también se engañan en esto, y sus deseos son tan ciegos como abominables. Lean á Bayle (art. *Spinoso*, nota P.), él los enseñará no hay nada en sus mismos principios, que deba tranquilizarlos de las consecuencias de la muerte; y aun cuando no fuera el hombre sino un ser material, si no existiera otro Dios que el de Espinosa, no se debería por ello

Habiendo Dios criado al hombre ser inteligente, hay entre Dios y el hombre relaciones necesarias.

Toda relacion entre los seres se deriva de su naturaleza; porque si no se derivase de ella, les seria extraña; no seria por tanto una relacion, no seria cosa alguna.

Luego las relaciones entre Dios y el hombre se derivan de la naturaleza del hombre y de la de Dios.

Estas relaciones constituyen, hablando con propiedad, la Religion. Luego existe una verdadera Religion, ó una Religion necesaria.

Dentro de poco aclararé estas proposiciones desenvolviéndolas. Vamos ahora á las conse-

creer ninguno guarecido contra los padecimientos que naturalmente pueden adherirse á un estado dependiente del que forma su actual existencia. Así es, que siempre queda la inquietud permanente al fondo del corazón impio, atormentado por dudas que no podría vencer. Tal era el estado de D'Alembert. El señor Fontanes contaba, que habiendo sido su amigo en la juventud, fué á verle cuando estaba próximo á morir. « Caballero, » le dijo. « ahora no necesita Vm. tener miramiento alguno; su fin se acerca, sea Vm. ingenuo. ¿ Cree Vm. realmente que no haya otra vida? » A estas palabras se levanta el moribundo, por se la mano al brazo del señor Fontanes y le dice: *Jóven, yo no sé nada.*

cuencias inmediatas que de ellas se deducen.

Siendo la Religion la expresion de las relaciones que se derivan de la naturaleza de Dios y de la del hombre, se sigue, en primer lugar, que no puede haber mas que una sola, pues que estas relaciones son invariables; en segundo, que toda religion falsa es opuesta á la naturaleza de Dios y á la del hombre, que las separa por consiguiente en vez de unir las, y las destruye en lugar de conservarlas: así el error en la fe separa al hombre de Dios considerado como verdad suprema; el error en las acciones ó el crimen, separa al hombre de Dios considerado como autor del orden.

Luego el hombre no puede salvarse sino en la Religion verdadera; porque la salud no es otra cosa que la union eterna con Dios, como la reprobacion no es mas que una separacion eterna de Dios.

A no ser que neguemos á Dios y nos neguemos á nosotros mismos, es preciso admitir estos principios; es necesario admitirlos ó renunciar de toda filosofia. Si hay quien lo dude, substituya las proposiciones contradictorias: no temo de-

cirlo, la razon obligada á confesarlas consentiria mas bien en su destruccion; y por esto, porque se hizo y formó para la verdad ó para el mismo Dios, es por lo que, rota esta magnífica alianza, convertida en vil adúltera con el error, y muy pronto abandonada, se condena á muerte á si misma, y se precipita en el escepticismo.

Que haya relaciones naturales entre Dios y el hombre es una consecuencia necesaria de su existencia simultánea, y de la dependencia absoluta en que nos hallamos del primer Ser. Si no hubiese relaciones entre nosotros y Dios, nada podria este sobre nosotros, no nos conoceria, ni nosotros á él; un velo impenetrable y eterno le ocultaria á nuestros ojos, y á nosotros á los suyos. Hasta la idea del hombre le seria totalmente incomprendible; porque con solo concebirle como posible, habria desde luego relaciones posibles entre Dios y el hombre, y al punto en que el hombre empezase á existir, habria tambien relaciones reales, ó, para hablar con una rigurosa precision, relaciones realizadas. No sin repugnancia empleo el tiempo en desenvolver

unas nociones tan simples, y en recordar al hombre los elementos de la razon humana. Pero al fin es necesario, y con todo puede ser no logre convencer á muchos de los que me leyeren; tan espesas son las tinieblas que nos rodean! Sin embargo, respondedme: ¿la verdad suprema no está en armonía con vuestra inteligencia, el bien infinito con vuestros deseos y vuestro amor? ¿No sentis en vosotros mismos alguna cosa que los advierte vuestra dependencia? ¿Nada debeis á aquel por quien existis? ¿No habeis sido criados para algun fin? ¿No hay relacion alguna entre vuestras facultades y su autor, entre vuestro ser y el principio del ser? ¿Qué digo yo? Ni aun podemos hablar de Dios sin expresar alguna de las relaciones que nos unen á él, y nuestro mismo pensamiento es una de estas relaciones, y la mas noble, pues que en el fondo no es mas que la verdad, ó Dios mismo conocido por nosotros. Poder, sabiduría, bondad, justicia, todos estos atributos del Ser divino, inherentes á su naturaleza, no nos son concebibles sino por su ligazon con la nuestra; así como nosotros no llegamos á concebirnos á nosotros

mismos, sino subiendo á la primera causa de todas las existencias, descubriendo nuestras relaciones con Dios.

¿Y no vemos por todas partes relaciones análogas? El hijo tiene relaciones naturales con su padre, los súbditos con el soberano. Estas constituyen la familia y la sociedad; y la Religión no es mas que la sociedad de Dios y el hombre. Si nuestras obligaciones hácia nuestros semejantes, forman parte de ella, es porque se derivan necesariamente de nuestras obligaciones para con Dios, de la voluntad del poder supremo, á quien debemos la obediencia por el mero hecho de existir. Por tanto ninguna sociedad puede haber, ningun orden, sin religion. Así, nótese que al punto que se niegan las relaciones entre Dios y el hombre, es indispensable á la fuerza negar del mismo modo las relaciones entre el soberano y el súbdito, entre el padre y el hijo; es indispensable destruir toda sociedad, y hasta su elemento que es la familia*.

* Sin derechos y sin deberes reconocidos, no puede haber ni familia, ni sociedad. La Religión, pues, sola nos da una idea clara

Generalizando estas observaciones, es fácil comprender que todos los seres, sean inteligen-

del *derecho*, y todo el que busca en otra parte su origen y noción, no puede menos de extraviarse peligrosamente. Este es el origen de todas las teorías políticas falsas.

El derecho, considerado de un modo absoluto, es lo justo, legítimo, *lo que debe ser*, en una palabra, el orden.

Hay por tanto un derecho divino, que es el principio y fundamento de todos los demas derechos*, porque el orden consiste solo en los pensamientos de Dios, realizados por su voluntad; un derecho político, civil, doméstico, porque existe una sociedad, ú orden político, civil y doméstico, querido por Dios: y todos estos derechos son *naturales*, ó conformes á la naturaleza de los seres, que, ni se conservan, ni perfeccionan, sino obedeciendo al orden. No hay un derecho particular, que se pueda llamar *natural* con especialidad; todos los derechos son naturales, como acabamos de decirlo, ú mas bien la naturaleza misma de los seres; y lo que fuera contrario á la naturaleza, no podria jamas llegar á ser derecho.

El *derecho*, ú el orden manifestado, y hecho moralmente obligatorio, se llama *poder*, si se considera en la persona que manda; se llama *ley*, si se considera en la cosa mandada.

Luego el poder es una voluntad obligatoria ó legítima. La ley es la expresion de esta voluntad. Una y otra emanan del orden

* Para constituir el derecho, es preciso comenzar por esta Ley suprema, nacida antes de todos los siglos, antes de todas las leyes escritas, y « aun antes del establecimiento del Estado. » *Constituendi verò juris ab illà summà Lege capiamus exordium, quæ sæculis omnibus antè nata est quàm scripta lex ulla, aut quàm omninò civitas constituta.* CICER. *De Legib.* lib. I, c. vi, d. 49.

tes ó materiales, tienen entre sí relaciones determinadas por su naturaleza. Las leyes físicas,

inmutable, de los pensamientos y de la voluntad de Dios, la cual no es en sí misma obligatoria, ó verdaderamente *poder*, sino porque ella es necesariamente conforme al orden eterno y universal que los pensamientos divinos representan.

Los Romanos, en lugar de remontar á este orden inmutable, ó al derecho esencial, confundieron el derecho con el poder, no vieron en esto mas que el mando, *jus*; lo que con respecto á ellos debió alterar la noción de la ley, que no es simplemente la expresion de una voluntad sino, lo repito, la expresion de una voluntad obligatoria, ó conforme al orden.

Establecidos estos principios, todos los derechos vienen á ser claros, y claro tambien el medio de reconocerlos.

Los derechos de Dios son el orden en completo. El medio de reconocerlos es la revelacion; porque, ¿ cómo conoceremos de otro modo su pensamiento y voluntad? El manda, esto es el poder: lo que él manda, ve aquí la ley. Y como todo poder se deriva del suyo, sin lo que no tendria el algun fundamento, ninguno tiene el derecho de mandar lo que él prohíbe, de prohibir lo que él manda; en otros términos, nadie tiene poder cuando se opone á Dios; ninguna voluntad, ninguna ley es legítima, ó verdaderamente ley, siendo contraria á la ley divina. Tan luego como comienza el desorden cesa el derecho. ¿ Y cómo en efecto una voluntad desordenada, ó injusta, ó ilegítima (porque todos estos términos son sinónimos), sería obligatoria?

Por lo demas, de que una voluntad no sea obligatoria en un punto, no se sigue que no lo pueda ser en otro. El poder puede errar sin dejar de ser poder, y si hubiera casos en que cesara de serlo, los pueblos no serian los que debian juzgarlo, porque nun-

morales, políticas y religiosas son la expresion de estas relaciones, cuyo conjunto constituye el

ca podria pertenecerles el derecho de juzgar, que es inherente al poder.

Así como la razon de Dios es el derecho universal único, su voluntad el solo poder universal, la expresion de su voluntad la sola ley universal; así en el orden doméstico y político, la razon y la voluntad del padre y del soberano conformes á la razon, á la voluntad y á la ley divina, son el derecho único, el solo poder, la sola ley.

La paternidad es la soberanía en una familia, la soberanía es la paternidad en muchas familias. De aquí vino la expresion antigua *padres de los pueblos* hablando de los reyes; expresion, mas exacta que la de Homero que los llama *pastores de los pueblos*, *ποιμένες λαών*, y cuando los pueblos dejan de ser *hijos*, y el poder deja de ser *el padre* de la gran familia (tomo estas palabras segun la extension que tienen, cuanto á su acepcion y á las consecuencias que de ella se deducen), la sociedad está ya gravemente enferma ó degradada.

La esencia de la soberanía y la de la paternidad consiste en que la voluntad del soberano y del padre sea obligatoria para con los súbditos ó con los hijos.

La medida de la obediencia debida al soberano y al padre es la medida de su derecho.

Fuera de la ley divina no hay otra ley en el Estado que la voluntad del soberano. Excepto la ley divina, política y civil, no hay otra ley en la familia que la voluntad del padre.

La ley política versa acerca de las personas y la civil acerca de las cosas.

El derecho de propiedad es la facultad de disponer de las cosas

orden, y como no está en las facultades de los seres mudar su naturaleza, es preciso que mueran ó que se conformen á las leyes que de ella se derivan; y el desorden, que todas las lenguas usan como sinónimo de enfermedad, y el que todos los pueblos instruidos por la razon y la

ó de ciertas cosas segun su voluntad. Las propiedades en sí mismas son las cosas sometidas á nuestra voluntad.

El hombre sometido como *persona* á la voluntad legitima de otro hombre, es ya el súbdito. El hombre sometido como *cosa* á la misma voluntad aun legitima de otro hombre, está en esclavitud.

En este estado ni aun es hombre sino por la ley divina. Por la ley política está excluido de todo poder, aun paterno, de toda propiedad, de todo derecho; porque considerándole como *cosa*, se le supone privado de razon y voluntad.

No sería posible la existencia de sociedad alguna sin derecho, poder ni ley, y la perfeccion de la sociedad consiste solo en la perfeccion del derecho, el poder y la ley.

Cuanto mas perfectos son el poder y la ley, es decir, segun que es mas completo el orden, es mayor la libertad; pues que consiste esta en la exclusion de los límites, que arbitrariamente se ponen á la voluntad; y cuando no tiene otros que los puestos por las voluntades obligatorias ó legítimas, goza el hombre de una libertad en el mas alto grado posible.

El derecho primitivo, esencial ó divino, que es el principio, el origen de todo derecho, es lo que se llama *religion*. Este es el vínculo universal de los seres. Luego sin religion no hay derecho, poder ni ley, así como ni sociedad, libertad ni orden, y, por consecuencia ni vida.

experiencia miran como un sintoma de muerte, no es mas que la violacion de las leyes naturales.

Tiene de aquí su principio aquella oculta inquietud, aquel terror, que se observa manifestarse algunas veces en las naciones, ya por movimientos repentinos é impetuosos, ya por un silencio frio y un descanso de mal agüero, cuando los abusos repetidos, las frecuentes injusticias, ó una grande debilidad han perturbado el orden, y que reconocen ellas hallarse así amenazada su existencia.

De aquí tambien ese asombro y horror que se apodera de los hombres cuando creen percibir algun trastorno en las leyes del mundo material. Les parece que el universo toca ya su fin último. Basta un momento de duda acerca del orden en el espiritu, para que el terror consterne los corazones.

Nada hay independiente, nada hay aislado en la creacion: expresion, si puedo decirlo así, de un pensamiento magnífico de Dios, en él los seres se ligan á los seres, los mundos á los mundos, como en el discurso se encadenan las

palabras ; mas la ligazon mas íntima , la mas necesaria , es sin duda la de este pensamiento mismo con la poderosa razon que le ha producido. Sabemos que elevándose todavía mas alto , y , como dice Leibnitz , hasta la region infinita de las esencias , se descubre , al traves de un velo de luz , tres personas ligadas por relaciones para siempre inmutables ; de modo que , en el fondo mas íntimo de su ser , Dios mismo es una grande y eterna sociedad.

Mas , considerando al hombre en particular ¿no tiene el cuerpo las leyes de su vida , que son la expresion de sus relaciones con los demás cuerpos , y de sus diferentes partes entre sí ? Túrbense estas leyes , padece el cuerpo , trastórnense en un todo , perece. En calidad de seres físicos , la mayor parte de las substancias materiales , brutas ú organizadas , el aire , la luz , el agua , las plantas nos son inmediatamente necesarias para conservarnos ; vivimos en una dependencia absoluta de todo lo que nos rodea , y para asegurarnos un instante solo de existencia , deben mantenerse invariables millones de relaciones , cuya cadena se extiende desde el imperceptible

grano de arena , hasta el mas lejano sol de nuestro sistema celeste.

¿ Mas qué vienen á ser estas relaciones puramente físicas , si se comparan á aquellas que nos unen con los seres inteligentes ? ; Cuánto me compadezco de estos espíritus bajamente curiosos que , olvidando todo lo demás , se regocijan en sí mismos y se admiran cuando han descubierto alguna relacion nueva entre los cuerpos ! ¿ No aprenderán nunca á elevarse mas alto que sus órganos , y á conocer leyes mas nobles que las del movimiento y gravedad ? De las relaciones del hombre con sus semejantes , veo nacer el órden moral , la razon , la sociedad , esta sociedad tan necesaria , que fuera de ella el hombre no puede ni perpetuarse ni conservarse , así

« Nunca se han visto , entre tantas naciones tan diferentes de las nuestras y tan diferentes entre sí , hombres aislados , solitarios , errantes aventureros , parecidos á los animales , reuniéndose los distintos sexos como por acaso , y ausentándose despues el macho de la hembra para ir á buscår el pasto. Es preciso que este estado no sea el propio , ni segun el que se conduzca la naturaleza humana , así como que por todas partes el instinto de la especie humana fuerce al hombre á vivir en sociedad. » VOLTAIRE. *Addit. à l'Histoire générale*, p. 218. Edic. de 1765.

como ella tampoco se conserva ni perpetúa sino conformándose á las leyes que resultan de la naturaleza del hombre. No hay salud para ella sino en la posesion de la verdad y la sumision al orden; y para nosotros tampoco hay otra vida que la que ella nos comunica. Qué importa que se citen tres ó cuatro animales con rostro humano encontrados en los bosques, donde sin ideas, sin habla, movidos por ciegos apetitos, pastaban con las bestias; esto ciertamente no es ser hombre. Además, estos seres imperfectos pertenecian originariamente á la sociedad, y la debian, con el nacimiento, la primera educacion; porque nadie pretenderá que un niño, arrojado á los bosques al salir del seno de su madre, privado de toda fuerza y experiencia, haya podido subsistir por espacio de dos dias.

Mas, repito, que no es aquí donde hemos de buscar al hombre; comer, digerir, dormir, no es su único destino, y creo no habrá dificultad en permitirle otras funciones: seria tambien demasiado rigor desheredarle de una vez del pensamiento, de la palabra, de la virtud, de la esperanza y del amor. Y ya he probado que

todas estas cosas son dones de la sociedad. Para amar es necesario conocer, para conocer es preciso haber oido ú visto hablar; porque lo mismo se habla á los ojos que á los oidos, y la escritura no es otra cosa que la palabra figurada. Asi fuera de la sociedad, la vida moral é intelectual se apaga lo mismo que la vida fisica, y el hombre separado de sus semejantes muere en un todo.

¿Qué seria pues separado de Dios, de la verdad suprema y del soberano bien? La violacion de una sola ley del cuerpo, un ligero desorden en nuestros órganos, viene á ser para nosotros una causa de sufrimientos y de muerte; ¡y violariamos impunemente las leyes de la razon, la regla eterna de las obligaciones, el orden conservador de las inteligencias! ¡no anunciaria otros tormentos el del remordimiento! ¡la conciencia del culpable le espantaria con falaces amenazas, y no profetizaria mas que quimeras! Prevalecerian nuestros deseos ignorantes y nuestra voluntad pervertida contra la sabiduria, justicia y omnipotencia! Engrianse con esta idea aquellos solos que se conozcan bastante fuertes para vencer á Dios.